

# **TEXTO CLÁSICO**



# Presentación

## «Transformar a los inmigrantes en nacionales: el caso de Estados Unidos»

CECILIA INÉS JIMÉNEZ ZUNINO

ceciliaj@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid (España)

### 1. INTRODUCCIÓN

Presentar un texto, y más si este es de un campo específico del saber –como el de la sociología de las migraciones– remite a un problema de fondo: cuál es el estado del campo, qué posición ocupa el texto en el conjunto del campo, cómo se delimita el sentido del texto sobre el horizonte de posibles teóricos en ese campo. El texto mismo puede no remitir, de modo explícito al menos, a este posicionamiento. Pero entender cualquier texto exige salirse del texto, poner el texto en *con-texto*. Por ello, haremos en nuestra presentación una doble operación hermenéutica: de un lado, y a pesar de que el capítulo en cuestión, publicado en el libro *The New Americans* –editado por Mary Waters y Reed Ueda en el año 2007<sup>1</sup>– no abunda en referencias bibliográficas, nos permitimos reconstruir la trama que sostiene los argumentos elaborados por Waldinger en «Transforming Foreigners into Americans». De otro lado, pese a que nuestro autor no remite directamente a los argumentos de A. Portes y sus colaboradores, introducimos textos en los que Waldinger se dirige a ellos, como modo para significar las propuestas analíticas que en el presente texto se esbozan.

---

<sup>1</sup> El libro en el que apareció publicado este capítulo consiste en una extensa y comprehensiva guía sobre la inmigración en los Estados Unidos desde el año 1965. A partir de ese año, comenzó a registrarse un cambio en el origen de los flujos migratorios, además de una transformación en el contexto de recepción de las migraciones –tras el Movimiento por los Derechos Civiles–, dando a los flujos contemporáneos características novedosas, que lleva a que se los denomine como «nueva inmigración». Aunque las preguntas que se realizan los editores en la introducción no resulten tan nuevas: «How has the absorption of so many different places around the World affects our society? How do the immigrants and their children fare over time? What happens as the immigrants become «new Americans»?» (Waters y Ueda, 2007: 3).

El tema de nuestro texto puede sintetizarse en la siguiente problemática: la *asimilación* o integración de las poblaciones inmigradas. Tema ampliamente desprestigiado en el terreno de los estudios culturales y desde los discursos del *derecho a la diferencia*<sup>2</sup> (Brubaker, 2006); lo que no obsta para que se le preste atención desde lecturas novedosas y revitalizadas. No sólo R. Waldinger se atreve a bucear en un tema tan espinoso: también autores como R. Alba o V. Nee asumen que no puede clausurarse conceptualmente el proceso de incorporación de extranjeros al seno de un estado-nación. Las nuevas conceptualizaciones de esta problemática asumen diversas perspectivas teóricas, alejadas de las visiones normativas en las que las corrientes funcionalistas la arrojaron. En el desarrollo de este escrito, focalizamos la atención en dos dimensiones clave de la integración de los inmigrantes a la sociedad de asentamiento. De un lado, analizamos el giro socioeconómico en la literatura especializada al enfocar la asimilación actualmente, dejando atrás los requisitos de aculturación de los inmigrantes. De otro, nos aproximamos a la incorporación de los inmigrantes como ciudadanos y miembros del Estado-nación que los acoge. Para analizar esta cuestión, en el tercer apartado, centramos la atención en el caso particular de la cuestión hispana en Estados Unidos, y el proceso de clasificación social y étnica configurado por el Estado. Por último, esbozamos las conclusiones acerca de las aportaciones del texto de Waldinger que presentamos.

Antes de desplegar estos temas, y para comprender las aristas específicas desde las que Waldinger aborda esta cuestión, analizaremos brevemente su trayectoria de investigación. Partiendo de la sociología económica y atendiendo a los mercados de trabajo y los pequeños empresarios étnicos –tema de su disertación doctoral–, la obra de este autor ha abrazado una cada vez más extensa línea de análisis, que se va ramificando desde estas iniciales áreas de interés. El estudio de los mercados de trabajo y de la inserción que cabe en éstos a los tra-

---

<sup>2</sup> Brubaker (2006) realiza un sugerente análisis sobre la revitalización del concepto de la asimilación, tras un periodo en que se habían impuesto discursos y prácticas diferencialistas, desde el examen de tres casos (Francia, Alemania y Estados Unidos). En Francia, el slogan del *derecho a la diferencia*, se está convirtiendo en discurso de *derecho a la indiferencia*, a la *resemblance*. En Alemania llevaron la cuestión más lejos de lo discursivo, y sostuvieron políticas diferencialistas que consolidaron una institucionalización de corte separatista, como la educación en algunos länder en la lengua de origen de los inmigrantes, o la distribución de algunos servicios sociales mediante las iglesias (Evangélica y Católica) y el partido Socialdemócrata, a organizaciones de diferentes orígenes nacionales (turcos, italianos, etc.). No obstante, es en las políticas alemanas de acceso a la ciudadanía donde ese giro asimilacionista se está manifestando, incorporando recientemente junto con el principio de *ius sanguinis*, el de *ius soli*. En Estados Unidos, en tanto, Brubaker constata este retorno al concepto de asimilación en el ámbito académico. Si bien hasta mediados de los años sesenta estaba bien difundida la idea normativa de la integración de los inmigrantes en la Anglo-conformity; desde entonces hasta mediados de los ochenta se impuso un discurso plural, que tendía a dar relevancia a la *retención* o *persistencia étnica*. En el texto que sigue desarrollaremos la revitalización de la asimilación en parte del contexto académico norteamericano.

bajadores inmigrantes<sup>3</sup> (empresarialidad étnica, redes y nichos étnicos incluidos), abona el terreno para planteamientos sobre la persistencia de la *etnicidad* como factor de estratificación duradero (aunque no indeleble), y de la concentración urbana de las poblaciones, en base a diferentes orígenes nacionales o «raciales», aproximándose así a la sociología urbana<sup>4</sup>.

Al tomar en cuenta las transformaciones post-industriales de las ciudades, así como las mutaciones que las dinámicas migratorias imprimen sobre las sociedades de destino, Waldinger inserta los procesos migratorios en una comprensión de éstos como mecanismos de movilidad llevados a cabo por personas, aunque inscritos en contextos históricos y sociales determinados. Esto permite a este autor atender tanto a las dinámicas macroestructurales –las mencionadas sobre mercados de trabajo, recepción de los inmigrantes en las ciudades post-industriales, o las políticas de migración y la dimensión política de la inmigración–, cuanto a preocuparse por el nivel de la agencia de los propios migrantes. Así, por ejemplo, interpreta el proceso de adquisición de la nacionalidad estadounidense de los extranjeros tanto desde la presión por asimilar a estas poblaciones –de parte de las corrientes dominantes (*american mainstream*)– cuanto desde los propios actores, que asumen esta *concesión* desde un punto de vista pragmático, para integrarse y acceder en mejores condiciones a los recursos de la sociedad de destino.

La consideración de la naturaleza histórico-social de las dinámicas emergentes a los procesos migratorios, se patentiza también en el tratamiento de la *etnicidad*, considerada por este autor como producto de una construcción social que surge de la relación entre grupos de diferente antigüedad en el asentamiento (establecidos / forasteros)<sup>5</sup>. Además de relativizar la cuestión racial, este acercamiento matiza la consideración imperante sobre las actuales corrientes migratorias, como intrínsecamente diferentes a las del diecinueve y principios del veinte. No habría, entonces, *mayores* o *menores* distancias culturales entre una y

---

<sup>3</sup> Al respecto véanse los libros *Though the Eye of the Needle: Immigrants and Enterprise in New York's Garment Trades* (Waldinger, 1986) y *How the Other Half Works. Immigration and the Social Organization of Labour* (Waldinger y Lichter, 2003) o *Ethnic Entrepreneurs: Immigrant Business in Industrial Society* (Waldinger, Aldrich y Ward, 1990).

<sup>4</sup> El tema de las relaciones interétnicas en las ciudades es tratado en *Still the Promised City? New Immigrants and African-Americans in Post-Industrial New York*; o en *Ethnic. Los Angeles*, editado junto a Bozorgmehr; ambos de 1996.

<sup>5</sup> A este respecto, es interesante el análisis que realiza Waldinger en coautoría con Perlmann, en el que diseccionan la historia de un poderoso mecanismo de demarcación étnica utilizado en Estados Unidos, como la *colour line*, que clasificaba a la población en blanca/no-blanca. Este tipo de análisis de corte constructivista, está en filiación con la noción de *etnicidad* elaborada por Barth, para quien no se trata tanto de presuponer las diferencias culturales de distintos grupos étnicos, sino «de identificarlas *ex post facto*: a partir de las actividades de sujetos que manipulaban símbolos étnicos y establecían límites étnicos en sus intercambios con otros grupos» (Río Ruiz, 2002: 88). Otro mecanismo de cierre étnico que se utilizaba en EEUU era el establecimiento de un *numerus clausus* en las universidades más prestigiosas, primero respecto a la población judía, y posteriormente, a la de origen asiático (Waldinger y Perlmann, 1999: 232).

otra corriente migratoria –algo, por demás, difícil de estipular–, y ambas tendrían en común, especialmente en las primeras generaciones, el contar con una situación desfavorecida respecto a la población autóctona, en términos de ocupación y nivel de estudios (Waldinger y Perlmann, 1999: 227). A pesar de constatar esta desventaja, Waldinger no se adhiere a la teoría de la asimilación segmentada y la asimilación descendente, dedicando varios artículos a rebatir las tesis de Alejandro Portes sobre esta materia, como analizaremos en el siguiente apartado<sup>6</sup>.

En consonancia con sus tesis sobre la asimilación, que cabría contemplar como *ascendente* –siempre que los inmigrantes superen las barreras étnicas y laborales que se les imponen (Waldinger y Perlmann, 1999)– Waldinger arremete también contra las visiones simplificadoras del transnacionalismo<sup>7</sup>. Los migrantes, desde su punto de vista, mayormente pretenden obtener cierta ventaja de la brecha entre los sitios de origen y de destino –que suelen ser lugares «pobres» y «ricos», respectivamente–, para volver a sus países con los recursos acumulados. En ese proceso, algunos inmigrantes terminan estableciéndose en destino, y entre ellos, tan sólo una pequeña minoría disfruta de vivir a través de las fronteras, de modo transnacional. Minoría que suele, o bien corresponder a la primera generación de inmigrantes (más apegados al país de origen); o por estar bien posicionados en la sociedad estadounidense, pueden capitalizar esta posición en la sociedad de origen: enviando remesas, financiando asociaciones, entre otras actividades. La mayoría de los inmigrantes, concluye Waldinger, se encuentra capturado por las sociedades en las que se asientan (Waldinger, 2010).

Nos encontramos, ciertamente, ante un autor con una obra prolífica, por la cantidad de investigaciones que la avalan, y heterogénea, por la variedad de temáticas que disecciona. Obra que, a pesar de abordar gran cantidad de *tópicos* sobre las migraciones (empresarialidad étnica, concentración urbana, transnacionalismo, segunda generación, asimilación, políticas de ciudadanía, etc.), no se deja arrastrar por los posicionamientos fáciles: Waldinger muestra una autonomía analítica que se sobrepone a los lugares comunes.

---

<sup>6</sup> Uno de ellos es el que realiza con Feliciano, en el que consideran a esta teoría como dominante en los estudios sobre asimilación. En el mismo, los autores concluyen que no habría motivos para ser pesimistas, presagiando una asimilación descendente para los hijos de inmigrantes. Éstos han alcanzado mejores niveles educativos que sus padres, aunque su situación laboral sea de mayor precariedad (Waldinger y Feliciano, 2004).

<sup>7</sup> Waldinger reconoce que la perspectiva transnacionalista permite visualizar la compleja trama de relaciones entre Origen y Destino, que cuenta con conexiones ubicuas que manifiestan la naturaleza transicional de los procesos migratorios (Waldinger, 2010). Pero lamenta –al igual que otros autores de referencia en España, como Suárez Navaz (2008)–, que se haya sobre-utilizado el término, lo que le quita precisión analítica.

## 2. Acercamientos a la asimilación: de la aculturación a la asimilación socioeconómica

Como hemos mencionado, el texto que presentamos realiza una aproximación a la asimilación de los inmigrantes en los lugares de destino, concretamente a la sociedad estadounidense; tema que, a pesar de haber suscitado cantidad de literatura especializada, resulta ávido para nuevas lecturas<sup>8</sup>. Ello responde a que la cuestión de cómo se incorporan los habitantes extranjeros a un nuevo espacio social nacional está lejos de ser baladí.

Las sociedades contemporáneas han despertado del sueño otrora vigente acerca de las oportunidades que tienen los habitantes de su suelo para acceder a unas condiciones de vida dignas, bajo el supuesto de mecanismos de logro tales como los meritocráticos (Crompton, 1997; Goldthorpe, 1994). En cambio, progresivamente se evidencia el efecto de pautas de diferenciación social vinculadas a criterios de corte adscriptivo o hereditario (Devine y Savage, 2005), siendo la cuestión étnica y el origen nacional signos de fuerte marcaje y estigmatización para no pocos inmigrantes (Pedreño, 2005).

Hasta hace unas décadas, tanto las corrientes marxistas como las funcionalistas; tanto las teorías gestadas en el *centro* como en la *periferia* del sistema mundial, tendían a imaginarse a las futuras sociedades como no-étnicas, así como también tendían a figurárselas modernas (por oposición a tradicionales). En base a ello –y alimentando esas poderosas imágenes–, algunos teóricos sociales pergeñaron recetas, con sus respectivas escalas de desarrollo, que tenderían a un mismo fin: desdibujar las particularidades de los diferentes grupos, confluyendo en la versión homogeneizante de un todo social cada vez más diferenciado, aunque sólo a efectos funcionales<sup>9</sup>. El paradigma de estos intentos uniformizantes en el terreno de las migraciones fue el sonado trabajo de Gordon, quien a mediados de los años sesenta proponía un modelo de asimilación que se ajustara a los valores centrales de la sociedad norteamericana, encarnados en el prototipo WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*; Alba y Nee, 2005: 10). El carácter etnocéntrico de estos modelos –de raigambre parsoniana– ha sido resaltado por varios autores (Ribas Mateos, 2004). Uno de ellos fue Bourdieu, para quien las jerarquías étnicas en Estados Unidos mantienen una relación compleja con las jerarquías de las clases sociales, cumpliendo la *etnia* un papel eufe-

<sup>8</sup> Numerosas contribuciones sobre asimilación en la literatura especializada: Portes y Zhou, 1993; Glazer, 1993; Gans, 1992; Alba y Nee, 1997, etc. (ver Brubaker, 2006: 125).

<sup>9</sup> Algunas de estas recetas, brevemente expuestas, serían: la conocida como Ley de Hansen (1930), que postulaba que a la primera generación correspondía la emigración e inserción en el medio social, a la segunda la aculturación y a la tercera la asimilación (García Borrego, 2008; Green, 2002: 63); el ciclo de relaciones raciales establecido por Park (1950): *contacto, competencia, acomodación y asimilación*; Gordon, que proponía la asimilación como *aculturación* de los inmigrantes a la *core culture* (tanto asimilación cultural como estructural); la *asimilación en línea recta* de Gans y Sandberg, que repetían el modelo generacional de la ley de Hansen, sólo que contemplando el retorno para la tercera generación (Alba y Nee, 2005); entre otras.

místico, de neutralización de las clases (Bourdieu, 1975: 19)<sup>10</sup>. Asimismo, el clásico asimilacionismo estadounidense partía, para avalarse, de una gran omisión: los descendientes de esclavos africanos, quienes siguen sin asimilarse en la actualidad (García Borrego, 2008: 74-75).

Esto choca con las visiones lineales de la asimilación, según las cuales el tiempo –y el paso de una generación a otra– darían sus frutos asimilacionistas. Si las distintas etapas de llegada de los extranjeros al suelo norteamericano estuvieran detrás de la explicación de sus relativas posiciones en la estructura de las clases, esto daría cuenta de la ventajosa posición de los herederos de los antiguos colonos (WASP); pero no de la desafortunada suerte que han seguido teniendo los herederos de los esclavos, que aún permanecen en la base de esa pirámide imaginaria, a pesar de llevar una antigüedad mayor que las corrientes migratorias procedentes de Europa y las más recientes de Latinoamérica (Waldinger y Perlmann, 1999). Como si de un *retorno de lo reprimido* se tratase, la etnicidad sigue importando en la actualidad, y no sólo como herramienta de reivindicación de grupos minoritarios, sino –lo más preocupante–, como conjunto de atributos que estigmatizan duraderamente a diferentes grupos de personas (Wacquant, 2007).

En esta presentación queremos llamar la atención sobre el renovado interés que cobra la cuestión de la asimilación, desde el giro hacia la dimensión socio-económica de la misma<sup>11</sup>. Esto significa dejar a un lado los requerimientos que pesan sobre los inmigrantes, consistentes en abandonar rasgos específicos de las culturas de origen –como puede ser la vestimenta, la alimentación, etc.–; para centrarse en los logros a nivel educativo, laboral, residencial, etc. de los inmigrantes y sus descendientes (Alba y Nee, 2005). Como bien sostiene Waldinger (2007), no es necesario escoger entre asimilación y retención étnica, como suelen hacer los textos especializados en Estados Unidos, sino que «los nuevos norteamericanos son más libres que aquellos del pasado a la hora de elegir estrategias de distinto tipo, tanto aquellas propias de la corriente dominante, como aquellas otras características de las minorías étnicas»<sup>12</sup>. Asimismo, la retención étnica no tiene por qué ser de por sí *positiva*, siendo que los migrantes pueden elaborar estrategias étnicas, a la vez que intentan asimilarse en diferentes vías.

<sup>10</sup> Asimismo, Bourdieu critica los enfoques que, en base al paradigma de la «civilización americana», realizan una periodización del cambio social, con sus respectivas etapas hasta llegar a la modernización (Bourdieu, 1975). En América Latina también se ha replicado este tipo de modelos, con prestigiosos autores de referencia, como Gino Germani, quien propuso una modelización de la transición de las sociedades tradicionales a las modernas (Germani, 1971).

<sup>11</sup> Un decálogo de lo que sería una *buena* concepción de la asimilación, debería regirse por los siguientes principios: 1) reconocer que la etnicidad es, principalmente, una frontera social, una distinción; 2) que tal distinción está incrustada en variedad de diferencias sociales y culturales que le dan significado; y 3) que la asimilación –como cambio étnico– puede ocurrir a ambos lados de la frontera étnica (Alba y Nee, 2005: 11).

<sup>12</sup> Traducido del inglés por José Ignacio V. Liy y María Gómez Garrido. El texto original dice: «(...) the newest American are freer than those in the past to choose strategies of the «mainstream» as well as the «ethnic» type» (Waldinger, 2007: 140).

En este sentido, puesto que se trataría de mantener las distinciones étnicas a nivel de los usos estratégicos que los agentes hacen de éstas, la asimilación así entendida sería, como proponen Alba y Nee, el declive de la *distinción étnica* –y sus corolarios de diferenciación social y cultural–; siendo ésta menos relevante, en relación al resto de la sociedad de asentamiento, que otros factores como la clase social (Alba y Nee, 2005).

Caben, no obstante, otras lecturas de la cuestión étnica. Así, autores como Brubaker sostienen que la literatura sobre la persistencia étnica corre el riesgo de culturizar ciertos fenómenos sociales (focalizando la atención en comunidades y organizaciones étnicas, o en lugares marcados étnicamente), siendo de este modo invisibilizados procesos que trascienden lo «étnico» (*transethnic*). Procesos como las comunidades de la clase obrera, la dispersión espacial, los matrimonios interétnicos, y las dinámicas de renegociación de las categorías de identificación raciales y étnicas (Brubaker, 2006: 125-126).

En el trasfondo de estas posiciones, se encuentra a la sombra la teoría de la asimilación segmentada, elaborada por Portes y sus colaboradores, y contra la que las posiciones expuestas se dirigen (Waldinger, Alba, Nee, Brubaker). Estos autores consideran que no hay motivos para suponer que los descendientes de los inmigrantes sufrirán asimilación descendente, siempre y cuando la llamada *segunda generación* cuente con suficiente capital cultural para ascender en el mercado de trabajo (Waldinger y Feliciano, 2004). También resaltan que la suposición de asimilación descendente generaliza la particularidad de posiciones muy desventajosas, minoritarias, que suelen compararse con la *underclass* afroamericana; siendo que la mayoría de los adultos afroamericanos y latinos trabajan, tienen familias, y aspiran al bienestar de sus hijos (Alba y Nee, 2005). Vemos que, en conjunto, las posiciones de los autores que revitalizan el concepto de asimilación comportan una visión –de la sociedad norteamericana y de sus mecanismos de integración hacia las minorías– relativamente optimista. Sin embargo, como analizamos en el siguiente apartado, el dilema se presenta a la hora de incorporar a los extranjeros dentro del cuerpo político, como pertenecientes a la sociedad en tanto que *demos* (López Sala, 2005).

Con respecto a la teoría de la asimilación segmentada desarrollada por Portes y sus colaboradores, ésta refiere a las trayectorias divergentes de los inmigrantes y sus descendientes, que no encajan con las lecturas habituales de la asimilación en línea recta. La etnicidad, para Portes, puede jugar diferentes papeles, según el modo en que se valoricen en las redes no sólo este atributo (etnicidad), sino también los capitales humano y económico (Portes, 2006: 76). Esta valorización diferencial generaría tres patrones predominantes en los modos de incorporación de los inmigrantes y sus hijos: 1) la aculturación e integración en la clase media blanca americana; 2) la movilidad descendente e incorporación en la *underclass*; y 3) el desarrollo económico a través de la preservación de rasgos étnicos (Levitt y Waters, 2002: 2).

La crítica más frecuente que tiene este acercamiento, es que no considera la integración de los inmigrantes y sus hijos en las *clases trabajadoras* que no son

marginales, sino que están incluidas en lo que Castel (1997) caracteriza como *zona de integración social*. La incorporación en la zona inferior de la estructura social, aunque no sea marginal ni de exclusión como la que presupone la clasificación de *underclass*, es la trayectoria social más frecuente entre los inmigrantes y sus hijos en la sociedad de asentamiento<sup>13</sup>.

Para Portes y Rumbaut es en la segunda generación en la que se padece movilidad descendente: los malos empleos a los que acceden los hijos de los inmigrantes, junto con los entornos sociales degradados, hacen difícil poder acceder en mejores condiciones que sus padres al mercado de trabajo<sup>14</sup>. Esto genera diferentes patrones de asimilación en la segunda generación: *aculturación disonante* (hijos que se integran y padres que no, entrando en conflicto); *aculturación consonante* (hijos y padres a la vez se incorporan en las clases medias blancas de EE.UU.); y *aculturación selectiva* (que supone el fomento del bilingüismo, amistades co-étnicas, generando así poca conflictividad intergeneracional). Para Portes y Rumbaut (2001: 274), éste último modo de asimilación es el deseable y fomentable desde las instituciones de la sociedad de destino.

Llamativamente, este es un tema que Waldinger también sostiene, a pesar de los anteriores debates con Portes. En el texto que estamos presentando, alerta sobre el peligro de fijar a los inmigrantes (como categoría *exterior*) con los empleos mal remunerados y de peor prestigio (como categoría *interior*). Esta carga pesa sobre los hijos de manera duradera, teniendo por un lado que sortear los estereotipos que signaban a sus padres –y que se hacen extensivos a ellos, al categorizarlos como pertenecientes a la misma *comunidad étnica*–; y por otro, contando objetivamente con menos posibilidades de acceder a esos *malos empleos*. El acceso limitado en el mercado de trabajo de los inmigrantes y de sus hijos, y, como veremos en el siguiente apartado, las estrecheces para pertenecer de pleno derecho –y fuera de toda sospecha– a la comunidad política de la sociedad de acogida, reactivan algunas reacciones étnicas de la segunda generación. Muchos inmigrantes, al no ser aceptados como parte del «nosotros» estadounidense, se apegan a las identificaciones *hetero-atribuidas* por la sociedad de destino, como modo de encauzar el probable rechazo.

<sup>13</sup> Este problema, a su vez, se deriva en parte de la poca precisión conceptual con la que Portes y sus colaboradores utilizan los términos «underclass» o «American-manistream» en sus principales obras, cuestión que dificulta una comprensión acabada de su propuesta sobre la asimilación segmentada. «Portes y sus colaboradores hacen una descripción de la estructura social estadounidense en la que no aparecen los estratos en que se insertan la mayor parte de los inmigrantes: las clases populares integradas» (García Borrego, 2008: 83, Nota 126).

<sup>14</sup> Las desventajas sociales de la segunda generación se retroalimentan por diversos problemas: proliferación de bandas, consumo de drogas, embarazos en la adolescencia, etc. que se vinculan a los entornos de pobreza y discriminación en los que son socializados estos jóvenes (Portes, 2006: 65).

### 3. Tensiones en torno a la ciudadanía: ¿quiénes son los elegidos para entrar al club?

Otra dimensión fundamental del proceso de asimilación de los inmigrantes en la sociedad de destino, es su incorporación como ciudadanos con derechos políticos. En Estados Unidos, esta cara de la asimilación ha corrido pareja al proceso de conformación de este país como Estado-nación. La nación norteamericana se ha construido, sostiene Waldinger (2007), en términos excluyentes o «contrastivos» respecto a las poblaciones nativas y a las sucesivas corrientes migratorias (incluidos los afroamericanos)<sup>15</sup>.

La pregunta que surge en nuestros días es si la poderosa maquinaria asimiladora de este país podrá afrontar, con el mismo éxito que en el pasado, la incorporación de las nuevas corrientes migratorias (Criado, 2003). El cambio en la composición de los flujos migratorios, el incremento de inmigrantes procedentes de Asia y Latinoamérica y su aumento demográfico, junto con un desprestigio de la asimilación «a la vieja usanza», plantean desafíos en el modo de integrar a los nuevos habitantes.

El papel del Estado en este proceso asimilación (o des-asimilación) es fundamental. En primer lugar, porque controla las entradas al territorio, de un modo más o menos permeable, elevando murallas o abriendo pequeñas puertas de acceso (Zolberg, 1999)<sup>16</sup>. La entrada en el territorio, si bien puede no estar avalada jurídicamente –mediante los permisos de residencia o visados oportunos– puede ser tolerada, puesto que la esfera económica demanda mano de obra barata. El Estado, en este sentido, «produce» inmigración ilegal, generando una categoría política extremadamente vulnerable (Sassen, 2007; Gil Araujo, 2010).

En segundo lugar, porque establece políticas de integración y condiciones de acceso para los servicios sociales, facilitando u obstaculizando la asimilación (o integración). Que los hijos de los inmigrantes accedan a la escuela, o los inmigrantes a los servicios sanitarios, etc., se traduce en mayores posibilidades de asimilación.

En tercer lugar, es el Estado (mediante sus instituciones) el órgano que define los criterios de concesión de la ciudadanía (López Sala, 2005: 109-128).

---

<sup>15</sup> Según Hardt y Negri, en el proceso histórico de constitucionalismo estadounidense, mientras los nativos estaban excluidos de la representación, los esclavos eran contabilizados en la determinación del número de delegados de los estados a la cámara de representantes: «(...) un valor de uno para los blancos y de cero para los nativos norteamericanos plantea un problema relativamente menor, pero tres quintos es una cifra muy poco elegante para una Constitución. Los esclavos afro-norteamericanos no podían estar completamente incluidos ni enteramente excluidos. Paradójicamente, la esclavitud negra era una excepción y, a la vez, un fundamento de la Constitución» Hardt y Negri (2002: 164).

<sup>16</sup> Zolberg analiza diferentes instrumentos utilizados históricamente en Estados Unidos para filtrar los ingresos, siendo los filtros consulares y la concesión (o denegación) de visados el modo más sofisticado, puesto que cuenta con profesionales del control remoto (Zolberg, 1999: 76).

Como han analizado varios autores, la ciudadanía funciona –especialmente en contextos de coexistencia entre migrantes y autóctonos– como un poderoso instrumento de cierre social (Brubaker, 2006: 141). En esta línea de análisis, Waldinger contempla el impacto que tuvo la Proposición 187 de California, que no sólo restringía el acceso a los servicios sociales de personas «ilegales» en Estados Unidos, sino que otorgaba funciones policiales a los funcionarios que detectaran población en situación irregular. El carácter excluyente de la ciudadanía también se manifiesta en la consideración desde el Congreso –en los años noventa– de restringir la concesión de nacionalidad a los hijos de inmigrantes ilegales nacidos en suelo norteamericano. Restricción que actuaría contra el principio de *ius soli*, tan generosamente aplicado en la historia migratoria de Estados Unidos. El reciente discurso del presidente Obama, pronunciado en la emblemática región fronteriza de El Paso, ha de entenderse como un guiño tanto a las políticas que pretenden restringir las entradas en las fronteras; cuanto a los 11 millones de indocumentados que tiene el país<sup>17</sup>. Entre otras medidas, la propuesta de Ley Dream supone la concesión de la nacionalidad, mediante una amnistía, a los indocumentados mediante ciertas condiciones (pago de una multa, antecedentes penales, pago de impuestos, etc.).

En este punto, autores como Waldinger (2007) o Brubaker (2006) realizan una especie de denuncia sobre una contradicción básica en los Estados Unidos –y en las demás democracias ricas-. Se trata de la antítesis entre el sustento ideológico en los principios liberales que han construido al Estado, y el carácter adscriptivo que asume la participación en el mismo, no pudiendo plantearse la pertenencia política desde la voluntad de los sujetos. Para Waldinger esto constituye una fuente importante de oposiciones entre ciudadanos y no-ciudadanos, especialmente entre los nuevos ciudadanos y los pretendientes a serlo. El tipo de lógica que opera en estos conflictos es la siguiente: el último que entra al *club privilegiado* –se trate del definido por la *colour line*, o del definido por la pertenencia al Estado– cierra la puerta detrás suyo (Waldinger y Perlmann, 1999). Configurando un caso particular de la dialéctica entre los establecidos y los forasteros (Elías, 2003), los grupos «fundadores de inmigrantes» –en expresión de Waldinger– se sienten con más derechos, y pretenden aplicar criterios selectivos para los nuevos participantes de la comunidad política. Estas tensiones, sostiene nuestro autor, en lugar de resolverse con una asimilación concebida como *ine-*

<sup>17</sup> En la Reforma Integral del marco normativo sobre migraciones, la llamada «ley Dream», Obama propuso en ese discurso, los siguientes ítems: «(...) En primer lugar, sabemos que el gobierno tiene la responsabilidad mínima de resguardar las fronteras y velar por el cumplimiento de la ley. En segundo lugar, se debe hacer que las empresas que explotan a trabajadores indocumentados rindan cuentas por sus actos. En tercer lugar, quienes están aquí ilegalmente también tienen una responsabilidad. Deben admitir que trasgredieron las leyes y además deben pagar impuestos y una multa, y aprender inglés. Y deben someterse a una investigación de antecedentes penales y un largo proceso antes de poder ponerse en fila para la legalización. Y en cuarto lugar, poner fin a la inmigración ilegal también requiere reformar nuestra anacrónica ley de inmigración legal...» (Obama, Discurso del 10 de mayo 2011, en El Paso –Texas-).

*visible*, reactivan los apegos étnicos de los inmigrantes hacia quienes comparten rasgos similares, al no ser completamente aceptados como nacionales estadounidenses.

Pero además de estas tres esferas de actuación estatal en las migraciones, también es importante el papel que juega el Estado como *nomenclador legítimo* de los grupos sociales (Boltanski y Chiapello, 2002). En el caso concreto de Estados Unidos, se observa una constante construcción de grupos, en los que la etnicidad cobra un valor muy notable. El hecho de que los habitantes tengan que definir a nivel censal su etnicidad (como: hispanos, blancos no-hispanos, negros no-hispanos y asiáticos) manifiesta los alcances que puede tener esta nominación en el conjunto de las clasificaciones administrativas, en las instituciones públicas, etc. Esta exigencia, que para algunos autores pone de relieve la naturaleza sincrética de los Estados Unidos –los *hyphenated americans*, que muestran un país surgido de la fusión de culturas (Putnam, 2007)–, para otros (Portes, 2006) comporta un proceso de fronterización social de la etnicidad.

Deteniéndonos en el caso emblemático de la categoría de los hispanos, que ha sido tan discutido en la esfera académica y política, analizaremos este proceso de fronterización étnica. A partir de las declaraciones de Huntington<sup>18</sup>, en las que alertaba sobre el *desafío hispano*, se han despertado crispaciones en el entorno de nativistas estadounidense, que miran con recelo las lealtades que mantienen muchos inmigrantes con sus países de origen (a través de formación de comunidades transnacionales, por ejemplo). Asimismo, acusan a las nuevas corrientes migratorias de no tener intenciones de asimilarse, como lo hicieron las antiguas corrientes procedentes de Europa, en el pasado. Ante el riesgo de desintegración de la nación (que se presupone homogénea), las posturas nativistas presionan para que se cierren más las fronteras, y se reprima con dureza a los inmigrantes ilegales (García Borrego, 2008: 78).

La definición de la categoría étnica «hispano» consiste en una etiqueta creada por el Estado –además de los medios de comunicación y los políticos–, para facilitar sus actividades burocráticas, pero que al cabo del tiempo ha terminado por configurarse como realidad sociológica. En investigaciones realizadas por el equipo de Portes, llamativamente los hijos de los inmigrantes de diversos países latinoamericanos que habían nacido en Estados Unidos, se auto-clasificaban como hispanos, siendo que no tenían en muchos casos conocimiento de la lengua o del lugar de origen de sus padres (Portes, 2006).

El acento puesto en la amenaza de lo hispano, remite a la cada vez mayor presencia del idioma castellano en Estados Unidos, llegando a ser la segunda lengua más hablada, después del inglés (Criado, 2003). Al tratarse de una lengua casi oficial, se hace sonar la alarma de una especie de invasión a uno de los pilares de la identidad (y por tanto, de la asimilación en el sentido culturalista) es-

---

<sup>18</sup> En «The Hispanic Challenge», Huntington difunde una alarma de la poca predisposición de los hispanos, específicamente de los mejicanos, para aprender el idioma inglés (en Portes, 2006).

tadounidense. La lengua continúa siendo un elemento fundamental de la construcción de la nación, sentando las bases del nacionalismo de tipo étnico (Brubaker, 2006: 140).

Los que rebaten este debate azuzado por los nativistas, también encuentran en la cuestión lingüística argumentos de validez. Así, entre las posiciones que tratan de aliviar el pronóstico de Huntington, proponen dejar actuar a los mecanismos de asimilación que han funcionado en otras épocas, entre los que se encuentra el aprendizaje del inglés como medida ejemplar (Waldinger, 2007; Brubaker, 2006; Alba y Nee, 2005).

Por su parte, la postura de Portes y sus colaboradores en este tema, como mencionamos más arriba, aboga por una consideración selectiva de los elementos susceptibles de ser asimilados. Su propuesta de fomentar el bilingüismo entre los hijos de inmigrantes, ante la preocupación por la pérdida de la lengua materna, constituye un ejemplo de lo que denominan *aculturación selectiva* (Portes y Rumbaut, 2001).

#### 4. CONCLUSIONES

«Transforming Foreigners into Americans» es un texto necesario. Quizá porque, como bien sostiene Brubaker –retomando a Glazer y Moynihan–, lo esencial de *melting pot* es que no sucedió. Este modo de incorporación que pretendía ser antropofágico –inclusivo–, garantizaba una aspiración de cierta equidad para los habitantes de un mismo territorio. Podrán cuestionarse los parámetros que regían el «estándar» de esa equidad, pero las pretensiones asimilacionistas de antaño suenan a cierta utopía actualmente. Precisamente por ser consciente de las implicaciones normativas de este debate, se nos antoja preciso señalar las ventajas que el asimilacionismo –en las versiones actuales– comporta.

La asimilación, nos dicen estos autores, no es inevitable. Y esto significa, por lo menos, dos cosas. En primer lugar, que la presión asimilacionista (normativa) es menor hoy en día que hace más de treinta años, puesto que se han diversificado los modos de vida de casi todas las sociedades. En segundo lugar, que las políticas diferenciadas y focalizadas tienen efectos que se sedimentan con otros factores estratificadores. De modo tal que a diferencias relevantes como las de clase, género, grupos de edad, etc., se añaden otras (como la etnicidad), que pueden contribuir a profundizar las desigualdades sociales.

Apartándose de los modelos normativos, los nuevos asimilacionistas (Brubaker, Alba, Nee, Waldinger) sostienen que la asimilación es el producto de un proceso de construcción de la nación, en el que los sujetos se involucran activamente. Esto no significa que sea voluntario ni premeditado, puesto que este proceso resulta de la coacción y del racismo de las sociedades receptoras (Waldinger, 2007). La asimilación es el «efecto acumulativo de decisiones pragmáticas dirigidas a una adaptación exitosa», que pueden conducir a una asimilación, aunque ésta no estuviera planteada intencionadamente (Alba y Nee, 2005: 39).

Brubaker (2006) señala que la asimiliación que es cuestionable hoy en día es la que concibe el proceso en términos orgánicos (asimilación orgánica). Ésta pretende la *identidad*, lo que supone una fagocitación de las diferencias en el seno del grupo dominante. Pero hay otro sentido de la asimilación, para el que no se trata tanto de identidad como de *semejanza*, esto es de un *ser tratados como similares* (Brubaker, 2006: 124).

A nuestro modo de ver, una de las grandes virtudes de la apuesta teórica de Waldinger estriba en el pragmatismo con el que considera la problemática de la ciudadanía. Lejos de la exigencia –propia del asimilacionismo orgánico o culturalista– de *comuni3n* con la naci3n receptora, Waldinger propone un uso estrat3gico de la ciudadanía por parte de los agentes. Uso que hace de la ciudadanía una herramienta de promoci3n social, sin la necesidad de abandonar las identificaciones de partida.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, R. y NEE, V. (2005): *Rethinking the American Mainstream. Assimilation and Contemporary Immigration*, United States of America, Harvard University Press.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. (2002): *El nuevo esp3ritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- BOURDIEU, P. (1975): «Structures sociales et structures de perception du monde social», en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, Vol. 1, N° 2 (pp. 18-20).
- BRUBAKER, R. (2006): *Ethnicity without groups*, United States of America, Harvard University Press.
- CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuesti3n social: una cr3nica del salariado*, Buenos Aires, Paid3s.
- CRiADO, M. J. (2004): «La poblaci3n hispana en Estados Unidos de Am3rica. Asimilaci3n y diferencia», en *RIS*, N° 36 (pp.171-206).
- CROMPTON, R. (1997): *Clase y estratificaci3n. Una introducci3n a los debates actuales*, Madrid, Tecnos.
- DEVINE, F. y SAVAGE, M. (2005): «The Cultural Turn, Sociology and Class Analysis», en Devine, Savage, Scott y Crompton (Eds.) *Rethinking Class. Culture, Identities & Lifestyle*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- ELÍAS, N. (2003): «Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros», en *REIS*, N° 104 (pp. 219-251).
- GARCÍA BORREGO, I. (2008): *Herederos de la condici3n inmigrante: adolescentes y j3venes en familias madrileñas de origen extranjero*. Tesis Doctoral, UNED.
- GERMANI, G. (1971): *Sociolog3a de la modernizaci3n*, Buenos Aires, Paid3s.
- GIL ARAUJO, S. (2010): «Pol3ticas migratorias y relaciones bilaterales España-Am3rica Latina», en Ayuso y Pinyol (Eds.) *Inmigraci3n latinoamericana en España: el estado de la investigaci3n*, Barcelona, Fundaci3 CIDOB.
- GOLDTHORPE, J. (1994): «Sobre la clase de servicio, su formaci3n y su futuro», en Carabaña y De Francisco (Comp.) *Teor3as contempor3neas de las clases sociales*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
- GREEN, N. L. (2002): *Repenser les migrations*, France, Presses Universitaires de France.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2002): *Imperio*, Barcelona, Paid3s.
- LEVITT, P. y WATERS, M. (2002): «Introduction», en Levitt y Waters (Ed.) *The Changing*

- face of Home. The Transnational Lives of the Second Generation*, New York, Russell Sage Foundation.
- LÓPEZ SALA, A. M. (2005): *Inmigrantes y Estados: la respuesta política ante la cuestión migratoria*, Barcelona, Anthropos.
- OBAMA, B. (2011): Discurso sobre inmigración y seguridad fronteriza, pronunciado en El Paso (Texas). Enlace web: <http://iipdigital.usembassy.gov/iipdigital-es/index.html>, consultado el 28/06/2011).
- PEDREÑO, A. (2005): «Sociedades etnofragmentadas», en Pedreño y Hernández (Coord.) *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la región de Murcia*, Murcia, Universidad de Murcia.
- PORTES, A. (2006): «La nueva nación latina: inmigración y la población hispana en los Estados Unidos», en *REIS*, N° 116 (pp.55-96).
- y RUMBAUT, R. (2001): *Legacies: The Story of the Immigrant Second Generation*, New York, Russell Sage Foundation.
- PUTNAM, R. (2007): «*E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-first Century*», en *Nordic Political Science Association Scandinavian Political Studies*, Vol. 30 – No. 2 (pp. 137 – 174).
- RIBAS MATEOS, N. (2004): *Una invitación a la sociología de las migraciones*, Barcelona, Bellaterra.
- RÍO RUIZ, M. A. (2002): «Visiones de la etnicidad», en *REIS*, N° 98, pp. 79-106.
- SASSEN, S. (2007): *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz.
- SUÁREZ NAVAZ, L. (2008): «La perspectiva transnacional en los estudios migratorios. Génesis, derroteros y surcos metodológicos», en García y Lacomba (Coord.) *La inmigración en la sociedad española*, España, Bellaterra.
- WACQUANT, L. (2007): *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Argentina, Siglo XXI.
- WALDINGER, R. (1986): *Through the Eye of the Needle: Immigrants and Enterprise in New York's Garment Trades*, New York, University Press.
- (1996): *Still the Promised City? New Immigrants and African-Americans in Post-Industrial New York*, Cambridge, MA University Press.
- (2007): «Transforming Foreigners into Americans», en Waters y Ueda (Ed) *The New Americans. A Guide to Immigrations since 1965*, Cambridge, Harvard University Press.
- (2010): «Rethinking Transnationalism», en *Empiria*, N° 19 (pp.21-38).
- y LICHTER, M. (2003): *How the Other Half Works. Immigration and the Social Organization of Labour*, California, University California Press.
- , ALDRICH, H. Y WARD, R. (1990): *Ethnic Entrepreneurs: Immigrant Business in Industrial Society*, Newbury Park, CA Sage.
- y BOZORGMEMHR, M. (1996): *Ethnic. Los Angeles*, New York, Russell Sage Foundation.
- y PERLMANN, J. (1999): «Immigrants. Past and Present: Reconsideration», en *The Handbook of International Migration: The American Experience*, New York, Russell Sage Foundation.
- y FELICIANO, C. (2004): «Will the new second generation experience «downwardly assimilation»? Segmented assimilation re-assessed», en *Ethnic and Racial Studies*, N° 27, 3 (pp. 376-402).
- WATERS, M. y UEDA, R. (2007): «Introduction», en Waters y Ueda (Ed) *The New Americans. A Guide to Immigrations since 1965*, Cambridge, Harvard University Press.
- ZOLBERG, A. (1999): «Matters of State: Theorizing Immigration Policy», en *The Hand-*

*book of International Migration: The American Experience*, New York, Russell Sage Foundation.

DÍAZ DE RADA IGUZQUIZA, VIDAL *Comparación entre los resultados proporcionados por encuestas telefónicas y personales: el caso de un estudio electoral*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (Colección «Opiniones y actitudes», n° 66), 2010 (201 págs.)



# *Transformar a los inmigrantes en nacionales: el caso de Estados Unidos*

ROGER WALDINGER

Forma parte de la creencia popular, y del acervo de las ciencias sociales, la idea de que las fronteras entre la «sociedad» y el «Estado-nación» normalmente convergen, pero aunque la sociedad y el Estado estuvieron generalmente solapados durante la mitad del siglo XX, durante el tránsito hacia el XXI, las condiciones han cambiado considerablemente, haciendo cada vez más difícil que las sociedades de los Estados-nación permanezcan aisladas del resto del mundo mediante un muro. En consecuencia, una visión a largo plazo indica que las relaciones sociales atraviesan con frecuencia los límites del Estado, y por esta razón, los migrantes internacionales, esas personas procedentes del exterior de los límites del Estado-nación, reaparecen de manera persistente.

En las democracias ricas y liberales del antiguo y nuevo mundo, la llegada de migración internacional produce un dilema social que choca con los esfuerzos por contener las sociedades dentro de los Estados-nación. Los Estados buscan delimitar las sociedades que cercan: tratan por todos los medios de regular los criterios que definen la pertenencia a la colectividad nacional, así como los movimientos a un lado y otro de las fronteras territoriales, y a menudo emplean medidas no liberales para alcanzar determinados fines liberales. Los nacionales, creyendo en la idea de la comunidad nacional, se esfuerzan por implementar esas medidas, asegurando que la pertenencia sea asequible sólo a unos pocos, e indicando a los recién llegados que la aceptación depende de la conformidad [con las reglas].

En gran medida ese esfuerzo tiene éxito, ya que los inmigrantes finalmente se transforman en nacionales. Involucrarse en los ajustes necesarios es a menudo aceptable para aquellos que anteriormente querían abandonar su hogar en busca de una vida mejor. Las demandas continuas de cumplimiento, así como el relajamiento de lealtades y vínculos con el país de procedencia, hacen a los inmigrantes y sus descendientes cada vez más parecidos a los nacionales de aquella comunidad a la que se han incorporado. Pero los que fueron antiguos inmigrantes responden también al mensaje de los nacionales y las instituciones

---

<sup>1</sup> Traducción María Gómez Garrido y José Ignacio V. Lij, CSIC. Waldinger R. «Transforming Foreigners into Americans» en Waters M.C. & Ueda R. with Marrow H.B. «*The New Americans. A Guide to Immigration since 1965*» Harvard University Press, 2007.

Revisado por José M. Arribas.

estatales. En este sentido, la literatura sobre la asimilación confunde bastante al enfatizar el declive de la diferencia étnica: los anteriormente inmigrantes no abandonan el particularismo; más bien reemplazan un particularismo antiguo por otro nuevo. Sintiendo atraídos por la idea de una comunidad nacional, también piensan que su nueva comunidad nacional debe estar delimitada, y están de acuerdo en controlar las puertas por las que han de entrar los futuros inmigrantes.

No obstante, la llegada de migración a gran escala produce una brecha entre las personas *dentro* del Estado y las personas *del* Estado, a la que los nacionales responden de manera que galvanizan una reacción étnica. Los nacionales, al pensar que las personas del Estado y las personas dentro del Estado deberían ser una única población homogénea, encuentran la divergencia perturbadora. Las cuestiones de pertenencia se convierten así en una fuente de conflicto pues algunos nacionales insisten en que se hagan más estrictos los límites *alrededor* del Estado, mientras que otros demandan que se estrechen los límites de la comunidad política *dentro* del Estado. Así pues, la migración, como fenómeno inherentemente político, genera conflictos políticos que ninguna de las democracias ricas receptoras de inmigrantes puede evitar. Como resultado, los inmigrantes se transforman en nacionales que saben que tienen pendiente su completa aceptación, y es la razón por la cual permanecen permanentemente vinculados a otros con un origen étnico similar.

Veamos los argumentos que vamos desarrollar en las páginas siguientes. El artículo busca ir más allá de la habitual polaridad entre asimilación y retención étnica, compartiendo el punto de vista de los sociólogos de la asimilación: el dinamismo demográfico de las democracias ricas arrastra de manera inexorable a los inmigrantes fuera de sus nichos y enclaves étnicos hacia asentamientos de mayor diversidad. He ampliado la perspectiva para incluir las fronteras nacionales e ir algo más allá. Los mismos factores que producen una mezcla y transformación de los límites dentro de las fronteras de las sociedades receptoras de inmigrantes, llevan a los inmigrantes a traspasar las fronteras nacionales. Como consecuencia, las dinámicas de las redes de los migrantes internacionales y las actividades de construcción y mantenimiento de la comunidad llevadas a cabo por los Estados y las poblaciones nacionales, entran en conflicto transformando a los inmigrantes en nacionales, aunque a menudo en nacionales de un tipo étnico diferente.

La perspectiva aquí desarrollada se sitúa, por tanto, a una distancia considerable de la literatura sociológica sobre Estados Unidos, dado que ese cuerpo bibliográfico se centra en la redefinición del norteamericano dominante, y señala peculiaridades de los norteamericanos en lugar de los aspectos comunes que Estados Unidos tiene con otras democracias ricas. Los norteamericanos son seguramente diferentes, pero no tanto por las razones enfatizadas por las teorías habituales sobre el excepcionalismo norteamericano. Los norteamericanos han construido la nación en términos de contraste, tanto a nivel externo como interno, excluyendo no sólo a extranjeros, sino también a los marginados –y de manera notable a los afroamericanos– que han encontrado dentro del territorio del

Estado. Mientras que la combinación del contraste interno y externo tiene paralelos en otros lugares, el dilema norteamericano, tal y como ha argumentado Gunnar Myrdal, es particular. Sólo en los Estados Unidos se encuentra un conflicto tan profundo entre los principios liberales fundamentales, con los que el pueblo norteamericano está comprometido desde el principio, y una visión que restringe las posibilidades de pertenencia legal o funcional al pueblo en base al origen y la etnia. Pese a la revolución de los derechos civiles, la práctica difiere de la teoría: mientras que los norteamericanos proclaman públicamente su impasibilidad ante las diferencias existentes entre las poblaciones de los Estados Unidos, aún organizan la mayor parte de la vida nacional en torno a diferencias de este tipo. No obstante, el propio credo que la mayoría étnica ha violado—fundamentalmente aquel que reza que Estados Unidos es una nación en la que la pertenencia está al alcance de todos aquellos que quieran comprometerse con ella— es precisamente el que los marginados del interior han encontrado más atractivo. Dado que las minorías étnicas se han considerado a sí mismas norteamericanas, y no como una nación separada, la relación entre norteamericanos de la «mayoría» y la «minoría» ha sido uno de los principales argumentos sobre los términos de inclusión en el pueblo, y no la autonomía nacional o los derechos de secesión como ha sucedido en otros lugares. Como consecuencia, las minorías étnicas han tenido una conciencia dual, vinculada a una identidad grupal, creada en contraste con una mayoría étnica que ha ignorado de manera sistemática los principios democráticos y liberales, aunque afirmándose, al mismo tiempo, tan norteamericana, patriótica y nacionalista como cualquier otra. Por la misma razón, las minorías establecidas juegan un papel dual en relación a los inmigrantes y sirven de instrumento de americanización, pues ofrecen al mismo tiempo, una contra-comunidad que demuestra ser atractiva cuando la mayoría no tiene voluntad de dejar que los inmigrantes individuales hagan su camino de ascenso.

Sin duda, la asimilación de los inmigrantes en Estados Unidos se ha visto afectada por las condiciones específicas del terreno, pero la preocupación de la literatura especializada por las divisiones particulares de este país, hace que los árboles no nos dejen ver el bosque. Dado que la migración internacional es una excepción al sistema por el que los Estados delimitan poblaciones mutuamente excluyentes, los dilemas que provoca se experimentan no sólo por norteamericanos, sino también por el conjunto de ciudadanos de las democracias más ricas. Como consecuencia, el proceso de recibir inmigrantes y convertirlos en norteamericanos, es una variación local de un tema común que está marcado por factores políticos, y que se extiende mucho más allá de las fronteras de los Estados Unidos.

### **Transformar a los inmigrantes en nacionales**

Nacionalizar a los inmigrantes es una mezcla de coerción y consentimiento. Las personas que están dispuestas a abandonar su hogar en busca de una vida

mejor normalmente están también dispuestas a probar otros cambios. Asimismo, el nuevo contexto importa, pues hay pocas comunidades de inmigrantes en las que los guardianes de la tradición puedan protegerse totalmente frente al cambio. Dado que la mayor parte de los inmigrantes son minorías numéricas, muchos de ellos tienen también cierta exposición, cuando no mucha, a los anfitriones y sus costumbres. Y aunque no estén totalmente preparados para intercambiar con rapidez la lealtad a un Estado, para los inmigrantes que salieron para escapar, o para aquellos a los que el «hogar» de partida no ofrece muchas promesas, el precio de la identificación formal con otro pueblo y lugar no resulta difícil de soportar. En cuanto al resto, el tiempo hace su trabajo, especialmente cuando las condiciones de pertenencia son relativamente abiertas y las demandas de conformidad con las reglas culturales o ideológicas son modestas, como es el caso de Estados Unidos. De manera gradual, los vínculos con el antiguo hogar se atenúan y son reemplazados con apegos simbólicos y sustantivos a un nuevo pueblo y a su Estado.

Pero una historia de inmigrantes que se hacen nacionales voluntariamente sería demasiado simple. Durante la última era de migraciones masivas y en el período posterior, el papel coercitivo de los Estados, por no mencionar las ideas racistas de sus poblaciones nacionales, ha acelerado este proceso. Mientras que los esfuerzos institucionales de asimilación etnocéntrica –tales como los programas de americanización de comienzos del siglo XX en colegios y empresas de Estados Unidos– han desaparecido prácticamente en la actualidad, el pluralismo no ha avanzado. Entender la cultura nacional contribuye a la adquisición de mejores competencias y es la razón por la que los inmigrantes, y particularmente sus hijos, se apresuran en adquirir la caja de herramientas adecuada. Si bien las opiniones abiertamente racistas han desaparecido de las corrientes políticas y culturales de las democracias ricas, se espera todavía que los recién llegados cambien los apegos al antiguo hogar por el nuevo. Pese a que las instituciones públicas y los rituales se han rediseñado para facilitar la mezcla de la identidad nacional con otras identidades, las expresiones de pluralismo siguen un mismo patrón produciendo un efecto homogeneizador. En consecuencia, lo que los diccionarios de Sociología definen como «asimilación» –el abandono voluntario de una diferencia cultural– resulta ser algo más: la adhesión a una nueva nación, y en parte porque lo diferente y los vínculos exteriores ponen a uno bajo sospecha.

En los Estados Unidos, sin embargo, la nacionalización continua de extranjeros es, en buena medida, invisible. La democratización del pueblo norteamericano ha transformado el significado de «americanización», y ahora la clave está en la diferencia entre los aspectos internos y externos de esa identidad nacional. Los primeros distinguen entre los diferentes pueblos de los Estados Unidos, mientras que los segundos lo hacen entre los americanos en su tierra y los extranjeros de fuera. Los descendientes de los fundadores dominaron durante la era de migraciones masivas y el período posterior, cuando los orígenes y no el credo, determinaban si uno pertenecía o no a la comunidad. Tal y como lo vieron estos grupos dominantes, *ellos* eran los norteamericanos y sus demandas de

cambio cultural fueron importantes. Para ellos, la aceptación sólo se podía garantizar si los inmigrantes y sus descendientes abandonaban todas las costumbres y apegos extranjeros, aunque ciertamente, las consideraciones prácticas permitieron una mayor flexibilidad.

En la era actual, por el contrario, las concepciones crudamente étnicas de la identidad norteamericana se han abandonado, y los límites culturales del «nosotros» norteamericano se han ampliado para incluir a todos los ciudadanos del Estado. En la Norteamérica post-étnica, como la ha denominado el historiador David Hollinger, la diferencia étnica se respeta, pero no permanece congelado en el tiempo. Se han formado nuevos grupos étnicos como parte del normal funcionamiento de una sociedad democrática, y éstos son, en general, aceptados. Como han observado correctamente los sociólogos Richard Alba y Víctor Nee, los nuevos norteamericanos son más libres que los del pasado a la hora de elegir estrategias de distinto tipo, tanto si son propias de la corriente dominante, como si son características de las minorías étnicas.

Como destaca Hollinger, los norteamericanos post-étnicos no son ciudadanos del mundo. La identidad nacional permanece como una fuente primaria de afiliación; el componente político externo de la identidad norteamericana —el «nosotros» nacional frente al «ellos» extranjero— permanece fuerte, hasta un nivel que los sociólogos de la asimilación no desean reconocer. De acuerdo con los expertos, los norteamericanos vienen de Marte (aman la guerra) mientras que los europeos vienen de Venus (aman el Amor) y aunque esta idea sea exagerada, los datos de las encuestas indican que los norteamericanos son más nacionalistas que los miembros de las otras democracias ricas. Además, como el nacionalismo liberal abraza el credo norteamericano, se adapta perfectamente al norteamericano normal, multicultural de principios del siglo XXI.

Como doctrina, incluye a todos los que quieren ser completamente norteamericanos, sin acosarles para que se conviertan en blancos sin serlo, ni presionarles para que rompan todos sus apegos a otras gentes y lugares; y sin embargo, aún no considera la apertura del club a todos los recién llegados, aunque sólo sea porque los norteamericanos necesitan primero cuidarse los unos a los otros. A nivel macrosociológico, lo que la literatura describe como «aculturación» implica el proceso político de resocializar a los inmigrantes, convirtiéndolos en norteamericanos de un nuevo tipo, equipados con las solidaridades del nuevo país.

Así pues, a principios del siglo XX, los grupos fundadores tenían la percepción de que el Estado les pertenecía, y gracias al período liberal de transformación del Estado, en cierto modo se apoderaron de él. De la misma manera que ocurrió en todas partes, las escuelas facilitaron los medios necesarios para que el Estado convirtiera a los hijos de los campesinos en nacionales, esfuerzo que conllevó otros objetivos compatibles con la americanización —de manera notable, asegurar que los hijos de los campesinos absorbieran las disposiciones necesarias para ser buenos, es decir, obreros disciplinados—, pero como cuenta la documentación contemporánea, también se convenció a los hijos de los inmigrantes de que sus orígenes étnicos los convertían en norteamericanos de segunda clase.

Desde mitad de siglo XX, sin embargo, tanto el pueblo como el Estado norteamericano fueron disociados de las identidades de los grupos inmigrantes fundadores. La participación en una guerra mundial y la posterior Guerra Fría, ayudaron a convertir a los despreciados grupos étnicos del sur y este de Europa, en norteamericanos de pleno derecho. La prominencia de un enemigo externo, y la necesidad de movilizar a toda la población, ayudaron a borrar las diferencias internas entre norteamericanos. Esos mismos factores facilitaron el advenimiento de la revolución de los derechos civiles, que extendió los límites del pueblo reconocido por el Estado, de modo que todos los ciudadanos fueron incluidos en el club, y no sólo aquellos que contaban con orígenes europeos. En la era posterior al reconocimiento de los derechos civiles, las diferencias culturales entre los norteamericanos de diferentes tipos nacionales o étnicos también se convirtieron en valores que debían ser preservados. En consecuencia, las instituciones públicas y los rituales que han conocido los inmigrantes y los descendientes de los inmigrantes a comienzos del siglo XXI, han encontrado maneras de incorporar respetuosamente nuevas prácticas y tradiciones junto a las antiguas.

Pero las reglas básicas del juego no han cambiado sustancialmente: aferrarse a las identidades y culturas anteriores es perfectamente aceptable siempre que se adicionen a una base fundamentalmente norteamericana. Como han señalado Nee y Alba, el multiculturalismo es profundamente asimétrico. Aunque los nuevos norteamericanos pueden retener lo que deseen de su viejo país, necesitan también dominar el código nativo, y aún más, no hay expectativas de que los norteamericanos ya establecidos adopten costumbres de los grupos inmigrantes. El lenguaje sigue siendo un potente símbolo de unidad nacional, y es por lo que los norteamericanos establecidos no sólo esperan que los recién llegados aprendan inglés, sino que además quieren que siga siendo la lengua dominante. Las organizaciones políticas de grupos étnicos se toleran pero también se percibe que pueden socavar la cohesión nacional, las lealtades políticas escritas con guión (vrg. African-american) están abiertas a la sospecha, y existe un amplio apoyo a la opinión de que hay demasiados inmigrantes y de que las fronteras deberían estar mejor controladas –prueba de que los norteamericanos pueden estar dispuestos a aceptar a los inmigrantes que quieran convertirse en nacionales, sin llegar a ser nunca ciudadanos del mundo.

Por lo general, los inmigrantes reciben el mensaje. Aquellos que se asientan a largo plazo –una población que excluye a los que probablemente regresen a su país– responden también de manera apropiada. Los estudiosos han mostrado como algunos grupos efectivamente retienen ciertos apegos étnicos y costumbres de su país de origen a la par que añaden la caja de herramientas norteamericana, pero no parece que haya ningún caso en el que los inmigrantes y sus hijos quieran parecer recién bajados del barco; antes bien, todas las pruebas apuntan en sentido contrario. A pesar de que los *angelinos* o los *neoyorquinos* creen que sus ciudades se han convertido en unas torres de Babel, lo cierto es que las lenguas extranjeras pierden terreno rápidamente frente al inglés. Algunos grupos, espe-

cialmente los hispano-hablantes, añaden el inglés a su lengua materna, pero a pesar de algunos alarmistas como Samuel Huntington, el viejo patrón continúa en su sitio: los hijos de los inmigrantes reservan su lengua materna a los espacios privados; el ámbito público es un mundo exclusivamente (o mayoritariamente) anglófono.

Lo mismo vale para las lealtades nacionales. Algunos se naturalizan por puro pragmatismo, y la bandera del país de origen, así como el himno nacional, hacen vibrar muchos corazones inmigrantes. Sin embargo, la huella de la nacionalización en el nuevo país de adopción es difícil de borrar. Pese a que muchos científicos sociales sostienen que los inmigrantes tienden al transnacionalismo, una posibilidad que lleva a otros a preocuparse por los fantasmas de la «doble lealtad», las principales preocupaciones políticas de los inmigrantes están focalizadas en los Estados Unidos. Aquellos que mantienen afectos o conexiones con el país de origen, a menudo encuentran que no hay nada más norteamericano que el unirse juntos en torno a los vínculos de la madre patria. Dar cobijo a las lealtades del antiguo hogar garantiza que el sistema político pueda incorporar fácilmente los apegos de los que acaban de hacerse norteamericanos. Después de haber dado durante mucho tiempo importancia a las «tres Ies» –Italia, Israel e Irlanda– los políticos de Nueva York, por ejemplo, no han esperado a los científicos sociales para extender sus antenas políticas a Santo Domingo o Puerto Príncipe. En consecuencia, la movilización para apoyar al país de origen suele fomentar la integración, pues proporciona habilidades en la actividad pública más norteamericana: la política de los grupos de interés.

En general, los nuevos ciudadanos se consideran a sí mismos norteamericanos y también piensan que los recién llegados deberían aprender (y ser ayudados a aprender) la lengua nativa. Como los buenos norteamericanos en que se han convertido, los inmigrantes también piensan que la comunidad de norteamericanos debería estar delimitada, razón por la que la mayoría de los inmigrantes apoya las restricciones migratorias, aunque no con la severidad de los norteamericanos más establecidos.

Los inmigrantes también se unen en torno a las barras y estrellas. Según una encuesta reciente de la población nacida fuera, el 49% dijo que sería «muy importante» para los inmigrantes servir en el ejército si fueran llamados a filas; el 26% sirvió o tuvo un familiar en las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Y como en el pasado, la guerra continúa construyendo la nación norteamericana. Los últimos mandos del ejército estadounidense incluyeron a un hijo de inmigrantes jamaicanos (Colin Powell), un japo-americano de Hawaii (Eric Shinseki), y un inmigrante de la ex Unión Soviética de fuerte acento (John Shalikashvili). Un vistazo al mando superior de las tropas de Estados Unidos en Irak deja claro que los norteamericanos nacionalizados pueden proceder de cualquier origen étnico: el árabe hablante descendiente de inmigrantes libaneses (John Abizaid), que encabezó el mando central; el hispano parlante nieto de mejicanos (Ricardo Sánchez), que estuvo en su momento al mando de las fuerzas de tierra en Irak; y el hijo de un soldado filipino (General Antonio Taguba), que docu-

mentó el comportamiento supuestamente no norteamericano de la policía militar. En los campos de batalla, un número no pequeño de soldados que llevan el uniforme de los Estados Unidos están muriendo por un país que todavía no es suyo. Este último sacrificio tiene su recompensa pues otorga la ciudadanía a los muertos. Aunque no todos los norteamericanos se conmueven, algunos insisten en que el servicio militar es sólo para las personas *del* Estado, en oposición a las personas *en* el Estado pero fuera de la comunidad nacional.

### Reacciones nacionales y étnicas

A pesar de que los inmigrantes se convierten en nacionales, a menudo lo hacen como nacionales de un tipo especial. El enfoque convencional asume que las diferencias étnicas son importadas desde fuera; una interpretación más aguda, entiende que las diferencias se producen por el proceso migratorio y el subsiguiente encuentro con anfitriones cuyas reacciones son raramente acogedoras.

Para empezar, son pocos los inmigrantes internacionales que vienen como aventureros solitarios. Más bien se mueven usando el único recurso del que pueden disponer casi siempre –a saber, el apoyo de unos a otros– y es la razón por la que las conexiones sociales entre los veteranos y los recién llegados lubrican el proceso migratorio. Como esos lazos también facilitan los medios para resolver los problemas de comenzar una nueva vida –ya sea el conseguir vivienda, obtener un trabajo, o simplemente facilitar las cosas– las redes proporcionan el fundamento a partir del cual se forma una nueva colectividad. Es más, las nuevas identidades emergen porque los inmigrantes atraviesan una experiencia similar, pues desplazados del ámbito familiar se sienten tratados como extraños. Como consecuencia, descubren que tienen algo en común con esa gente que era vista como diferente en el país de origen, pero que ahora, cambiado el contexto, aparecen como personas de su misma naturaleza.

Por el contrario, los anfitriones ven a los inmigrantes como extraños, no solo por ser extranjeros sino por los trabajos en los que les colocan los propios anfitriones. La experiencia de las migraciones de trabajadores proporciona un ejemplo central en este punto. Contrariamente a la creencia convencional, los trabajadores migrantes son requeridos precisamente porque son diferentes: valorando las condiciones de «aquí» a la luz de los «estándares» más bajos de allí, y disfrutando de menos derechos que los nacionales. Son, por tanto, los candidatos ideales para unos trabajos de baja cualificación que los demás no quieren hacer. En el despliegue de mano de obra migrante para tareas que los nativos encuentran deshonrosas, los nacionales generan una desigualdad étnica en el modo descrito por Charles Tilly: conectan de manera duradera una categoría exterior a la sociedad –el extranjero– con una categoría interior a la sociedad –los trabajos de baja condición y prestigio-. En consecuencia, el estigma asociado a los puestos de trabajo termina adhiriéndose a aquellos que los desempeñan, y es por lo que el juego de estereotipos –«tonto pero muy trabajador», «fiable pero poco ambi-

ciosa», «muy trabajador pero excesivamente ambicioso»— flota de un grupo a otro y se encuentra de la misma forma allí donde uno va.

Con el tiempo, el impacto de las condiciones iniciales se debilita, los vínculos con los compañeros extranjeros se aflojan, mientras los recién llegados buscan cómo mejorar su suerte. Esa búsqueda facilita, sin embargo, una gran exposición a los grupos dominantes, cuya resistencia a aceptar como miembros de pleno derecho a los recién llegados, reactiva las alianzas étnicas que los ya menos extranjeros podrían haber perdido por su cuenta. La reacción étnica se galvaniza aún más cuando la segunda generación percibe como la vinculación entre la categoría exterior «extranjero» y la categoría interior «trabajo de mala reputación», tiene un efecto de larga duración. Mientras que se percibe a los inmigrantes como a trabajadores idóneos para los peores trabajos, a sus hijos se les percibe como al resto de ciudadanos y por lo tanto ya no son apropiados para ejercer los trabajos indeseables. Paralelamente, el deseo de avanzar se produce de manera oculta, dado que los esfuerzos de la segunda generación por rentabilizar su ambición y creatividad tienen que superar los estereotipos asociados con la primera generación y sus trabajos.

Más allá de estos procesos sociales que acarrear apegos étnicos, hay reacciones ligadas a la inherente naturaleza política de las migraciones que cruzan las fronteras de los Estados. Décadas de restricciones han dejado una indeleble marca cultural, haciendo de la baja inmigración la norma, y cualquier desviación se percibe como un suceso anormal, inquietante. Mientras que los residentes de las democracias ricas pueden encontrar aceptables a algunos inmigrantes individuales, prefieren, sin embargo, niveles de migración internacional mucho más bajos de los que actualmente prevalecen. A pesar de que las restricciones migratorias pueden parecer exitosas, si se evalúan en función del número de pobres que detienen, las fronteras resultan porosas. En consecuencia, todas las democracias ricas han creado la figura del inmigrante «ilegal», una persona que los nacionales ven como indeseable y cuya llegada provoca rigurosos esfuerzos destinados a crear todo tipo de restricciones. A pesar de que las culturas populares se han hecho más cosmopolitas y los intelectuales tienden a la xenofilia, también se cuestiona a la gente que mantiene costumbres y lealtades extranjeras. Las sospechas se acrecientan cuando los Estados-nación relevantes conviven en términos poco amigables, tal y como se demostró durante las dos guerras mundiales, y más recientemente, durante las secuelas del 11 de Septiembre de 2001. Además los nacionales notan que la llegada de extranjeros va en paralelo con el flujo de bienes extranjeros. Aquellos ciudadanos inquietos por la constante intrusión de la globalización —en la que la llegada de extranjeros es mucho más visible que el movimiento de manufacturas extranjeras, sin hablar ya de las monedas— quieren a menudo que «sus» Estados arreglen el problema teniendo las fronteras bajo control. Como consecuencia, las reacciones políticas adversas a la afluencia de inmigrantes son una condición endémica de las democracias ricas. Puesto que la resocialización política de los inmigrantes tiene a menudo éxito, y genera una aspiración a pertenecer a la comunidad así como una opinión políti-

ca que comparte los valores fundamentales de los nacionales, los esfuerzos por restringir la comunidad nacional son un catalizador adicional de la respuesta étnica.

El cómo funciona este proceso varía de un contexto a otro. El eje básico de variación distingue las democracias liberales de Europa y Norteamérica de otros países importadores de mano de obra, ya sean las autocracias del golfo Pérsico o las etnocracias de Extremo Oriente. Internamente, las democracias liberales pretenden ser universales, haciendo cada vez mayores esfuerzos para asegurar que esta teoría –que prohíbe distinciones adscriptivas entre los nacionales– se ajuste a la práctica. Mientras que las afiliaciones étnicas internas en una sociedad postétnica pueden ser voluntarias, la pertenencia a la comunidad es un derecho de nacimiento. Para aquellos que proceden del exterior de las fronteras del Estado, la entrada en el territorio es una cuestión de elegidos, no apta para todo aquel que lo desee. Externamente, las democracias liberales son exclusivas al permitir a unos pocos afortunados transmitir la ciudadanía a los hijos y al reconocer una humanidad a todas las personas que están dentro de los límites de la frontera.

La llegada de migración internacional convierte la tensión entre estos dos principios en un dilema social. Por una parte, los inmigrantes que viven dentro del Estado buscan reconocimiento al sostener que el universalismo predicado por el liberalismo requiere ampliar el círculo del «nosotros». Pero por otra parte, como el «nosotros» implica «ellos» –puesto que no hay comunidad política sin fronteras– algunos nacionales adoptan una opinión más restrictiva. Si las democracias ricas fueran como sus homólogos importadores de mano de obra, los regímenes despóticos, los inmigrantes podrían ser expulsados con facilidad. Y si las democracias ricas fueran más etnocráticas, las demandas de los inmigrantes podrían ser fácilmente ignoradas, pero como son sociedades liberales, la migración internacional produce conflictos en torno a los límites de la comunidad.

De este modo, las sociedades liberales no pueden reforzar internamente los controles fronterizos con la crueldad que despliegan regularmente las sociedades no liberales. Los liberales humanitarios que existen entre los nacionales, miran con desaprobación que se apunte contra gente cuyo único delito es haber cruzado una frontera a la busca de una vida mejor, por lo que a menudo ayudan a los que cruzan para evitar que sean alcanzados por la policía o los agentes del Estado. Las sociedades liberales también tienen dificultades con aquellos ilegales que atraviesan las fronteras con éxito, pues aunque no sean legalmente ciudadanos poseen ciertos derechos, razón por la que no pueden ser inmediatamente deportados, algo que contrasta con otras épocas como la primera mitad del siglo XX, o con ciertos lugares (el Golfo Pérsico). Los ilegales, por tanto, también cuentan con apoyo de los defensores de los derechos humanos y de las minorías étnicas, recibiendo la asistencia técnica necesaria para sortear, o dar la vuelta, a las políticas y prácticas restrictivas en materia de inmigración.

A la inmigración ilegal no se le puede expulsar, aunque no es éste un mensaje que los nacionales estén dispuestos a aceptar. En los Estados Unidos, un sec-

tor de la población fuertemente opuesto al crecimiento de los niveles de inmigración, ha sido particularmente insistente en el refuerzo de los controles fronterizos. Los científicos sociales han ridiculizado la respuesta contra la inmigración ilegal como mera política simbólica, pues según ellos, la intensificación de las restricciones es una cuestión de «humo y espejos» o de «juegos de frontera», por citar dos libros recientes<sup>2</sup>. Pero algunos otros han visto que la intensificación de los controles fronterizos ha tenido efectos perversos: se permite a los ilegales cruzar las fronteras (aunque con mayores pérdidas de vidas y de salud que antes) al tiempo que se les disuade de regresar a casa, y en consecuencia, el número de inmigrantes ilegales en los Estados Unidos se ha doblado durante la década de los 90.

Pero mofarse del vulgo y de los políticos hace que perdamos de vista el centro de la cuestión. El diseño de políticas migratorias para promover fines racionales encuentra dificultades porque el objetivo final de estas políticas radica en un juego de creencias profundamente no liberales: a saber, que los norteamericanos componen un club exclusivo, cuya pertenencia debería ser restringida. Esta creencia, sin embargo, sólo puede ser implementada con dificultad. Como los ilegales son a menudo amigos o parientes de inmigrantes legales y ciudadanos, las medidas destinadas a poner freno a la migración ilegal, o que restringen las opciones de los ilegales en el territorio nacional, resultan inevitablemente polémicas y movilizan a una base social más allá de los propios ilegales.

Las condiciones de pertenencia son de igual modo una fuente de conflictos. Una gran población de extranjeros resulta a menudo preocupante para los ciudadanos que creen en la unidad de la gente *en* el Estado y la gente *del* Estado. Sin embargo, las propuestas para traer a inmigrantes al redil nacional reduciendo los límites a la naturalización, o simplemente difundiendo información sobre la naturalización y sus procedimientos, tienen a menudo el efecto opuesto. Los esfuerzos por restringir la pertenencia tienen el suficiente potencial para provocar efectos perversos: si el acceso a la residencia o a los derechos se hace más incierto, los inmigrantes serán cada vez más propensos a responder con nuevos esfuerzos para lograr la pertenencia, desencadenando a su vez iniciativas destinadas a poner nuevas barreras a la misma.

Las controversias desatadas por la Proposición 187 del estado de California (una enmienda a la Constitución del estado aprobada en 1994) demuestran las dinámicas en juego. La proposición 187 prohibía a las personas que residían ilegalmente en Estados Unidos recibir servicios sociales, atención médica y educación; también requería a los proveedores de servicios que verificaran el estatus migratorio de todas las personas que buscaban servicios públicos y que informaran a los funcionarios del estado sobre aquellos solicitantes con dudosa condición jurídica. La señal enviada por los votantes del estado se extendió rápida-

<sup>2</sup> Waldinger está haciendo referencia a los títulos *Beyond Smoke and Mirrors*, de Douglas S. Massey, Jorge Durand y Noland J. Malone, publicado en 2002 por Russell Sage Foundation, y *Border Games*, de Peter Andreas, publicado en 2009 por Cornell University Press. (*N. de los T.*)

mente por todo el país. En 1996, el Congreso de los Estados Unidos aprobó una serie de medidas que ampliaron la brecha entre ciudadanos y no ciudadanos con residencia legal: se recortó o eliminó el acceso a un gran número de prestaciones públicas. La misma legislación prohibió también a los inmigrantes ilegales el acceso a servicios federales, estatales o locales, y ordenó que las agencias estatales y locales verificaran si los inmigrantes reunían todas las condiciones para recibir dichas prestaciones.

Sin que sea sorprendente, poner en riesgo prestaciones que anteriormente estaban garantizadas condujo a los afectados a cambiar su comportamiento: las naturalizaciones se expandieron al igual que lo hicieron los registros de votantes (a pesar de que ninguna de estas opciones era posible para los ilegales). A medida que aumentaban las naturalizaciones, las condiciones de ciudadanía se convirtieron en el siguiente problema caliente. Los defensores de una visión más restrictiva de la comunidad nacional lanzaron la acusación de que los esfuerzos por la naturalización estaban marcados por el fraude. El Congreso comenzó a considerar una legislación que pudiera denegar automáticamente la ciudadanía a los hijos de padres extranjeros nacidos en suelo estadounidense, y también comenzó a examinar algunas propuestas para examinar a los potenciales ciudadanos con mayor cuidado. Por el contrario, en aquellos estados y localidades donde era probable que vivieran inmigrantes, la expansión de la pertenencia se metió en la agenda política por la vía de nuevas propuestas para estimular el voto inmigrante —una acción común en el pasado, que fue una de las primeras víctimas de las restricciones en el cambio hacia el siglo XX. No es necesario decir que aquellos que tenían una visión más restrictiva de los límites de la comunidad nacional se movilizaron en contra, y en el momento de escribir este texto, el ciclo reactivo permanecía activo.

Allá donde ocurren migraciones masivas, surge de manera inevitable la cuestión de cómo los extraños que vienen de fuera pasarán a formar parte de la comunidad. Que la cuestión se enmarque en términos de «asimilación» o «integración» varía de un contexto nacional a otro. Sin embargo, el enfoque subyacente es esencialmente el mismo, ya que las maneras de entender la migración internacional por parte de los nacionales (es decir, los nativos, locales, o como se les quiera llamar) y por la ciencia social convencional, se solapan en gran parte. Según el punto de vista académico y popular, los Estados-nación normalmente contienen sociedades (como se desprende del concepto «sociedad norteamericana»), y es la razón por la que, tanto el aspecto de los inmigrantes como sus costumbres foráneas, son vistas como anomalías que deben desaparecer.

Sin embargo, explicar el declive o la desaparición de las diferencias étnicas de los inmigrantes es un ejercicio muy particular. Los descendientes de la gente de fuera pierden gradualmente afectos a la cultura y a las personas con raíces en el país de origen. El cambio, sin embargo, no les transforma en cosmopolitas sin raíces, sino en nacionales comprometidos con el nuevo lugar y su pueblo. Lo que la literatura llama asimilación o integración, es en realidad el proceso político de construcción de la nación, un proceso en el que sustituye un particularismo por otro.

El negocio de transformar a los inmigrantes en nacionales, a pesar de que en el largo plazo normalmente acaba siendo exitoso, es complicado por las propias características que distinguen a cualquier colectividad nacional de las demás. Como enfatiza la literatura sociológica, la asimilación implica la búsqueda de una buena vida, algo que se consigue a través de conexiones y proximidad con familiares y amigos, un proceso que, inevitablemente, genera cada vez contactos más diversos. Pero para lograr esa buena vida, los migrantes internacionales necesitan primero ser admitidos en el club de los otros. La naturaleza del club de los ciudadanos nacionales –una comunidad limitada e intrínsecamente exclusiva– hace que la entrada, dejando al margen el asunto de la aceptación total, sea muy difícil de asegurar. Más aún, los nacionales de las democracias ricas receptoras de inmigrantes quieren conservar sus comunidades.

Mantener restringida la pertenencia tiene un valor estratégico, especialmente cuando el lugar en cuestión es una sociedad rica que atrae a los más pobres, pero la comunidad nacional es también un ideal. Con la excepción de algún libertario ocasional, los nacionales creen que mantener las fronteras que delimitan al pueblo es una cosa buena en sí misma. Las restricciones, por lo tanto, reflejan el deseo del pueblo, y al mismo tiempo envían un mensaje poco acogedor a aquellos inmigrantes que logran atravesar las puertas. Como los ciudadanos consideran además que las gentes del Estado y las gentes en el Estado deberían ser las mismas, la presencia de extranjeros en territorio nacional y las cuestiones sobre si deberían pertenecer al club (y, si es así, cómo), sientan inevitablemente las bases para el conflicto.

Como consecuencia, el influjo de los foráneos produce una respuesta *des-integradora* entre los nacionales, y los esfuerzos políticos de éstos por alcanzar la *des-asimilación*, impulsa a los que ya no son extranjeros a enfatizar los afectos por la gente de su misma condición. Irónicamente, el declive de una diferencia étnica interna entre nacionales y los hasta hace poco extranjeros, espolea un ciclo reactivo. Entre los últimos, aquellos que han aprendido mejor el código nacional e interiorizado su credo, son los más propensos a experimentar el rechazo con mayor dolor. Por lo tanto, la dicotomía habitual entre asimilación y retención étnica induce a error, por el contrario, una mejor interpretación debería hacer hincapié en la regularidad de la migración internacional, y en el choque con los esfuerzos por reproducir una comunidad política. Al final, los inmigrantes se transforman ciertamente en nacionales, aunque en nacionales de diferente tipo.

